

## Los Dinamos de Contreras

# Leña, Pobres, Ricos...

POR LORENZO MEYER

**Y**O soy vecino de la delegación de Magdalena Contreras en la ciudad de México. Esto, como todo, tiene sus pros y sus contras. Uno de los pros es que, si quiero, el fin de semana puedo subirme a mi coche y en diez minutos me encuentro en medio de un bosque: el famoso bosque de los Dinamos de Contreras, donde hace mucho una empresa británica puso sus generadores de energía eléctrica. Aún subsisten —semidestruidas por los visitantes— las huellas de esta empresa, símbolos no respetados de nuestro arranque industrial a principios del siglo. Así pues, no lejos de mi casa puedo caminar por horas en un bosque que me hace olvidar que estoy en el caótico, maltratado y desgovernado Distrito Federal, y puedo disfrutar, incluso, de un espectáculo único: ver cómo brota la única corriente permanente de agua que aún subsiste en la otrora Ciudad de los Lagos.

★

**S**I salgo de mi casa y viajo en sentido opuesto los mismos diez minutos, puedo llegar a un centro comercial de un barrio muy rico del sur de la ciudad de México, donde personas no muy ricas, ofrecen grandes trozos de leña para que en las noches de invierno algunos de los más desafortunados de nuestros conciudadanos disfruten el placer físico y estético de una gran chimenea con leños crepitantes. En mis andanzas por Contreras, me he topado varias veces con amplios claros del bosque que son producto de la tala, y he visto las pilas de maderos que esperan hacer ese corto viaje que los lle-

ve del bosque húmedo al Pedregal de San Angel y barrios circunvecinos.

Así pues, lo que por un lado es una cadena lógica entre la demanda y la oferta, por el otro se pue-

de ver cómo el encuentro entre quienes pueden darse el lujo de consumir lo que no es necesario, aunque destruyan a la naturaleza, y los que creen que tienen necesidad de destruirla para sobrevivir. La víctima inmediata de la combinación entre el capricho de un rico y la necesidad de un pobre, es una de las

pocas reservas ecológicas de nuestra capital, una reserva tanto más importante y vital cuanto que ya no hay muchas. Es una verdad terrible pero comprobable: entre nosotros una vez destruida una riqueza natural renovable, casi nunca se vuelve a recuperar, sea ésta un bosque, un lago, tierra que se llevó la erosión o el aire que se contaminó. La sociedad mexicana tiene una larga y terrible historia como depredadora de su habitat; unos lo hacen por ignorancia y miseria, otros por estupidez y avaricia. En cualquier caso el resultado es el mismo.

El bosque de Contreras, zona de una gran belleza, es también una acusación permanente a nuestra incultura y ferocidad colectivas, a nuestra falta de sensibilidad y respeto por el patrimonio natural, y a la irresponsabilidad gubernamental. Es realmente doloroso pasearse entre esos magníficos árboles, cañadas, arroyos y grandes silencios, teniendo que toparse a cada momento con botellas vacías, latas de cerveza, plásticos de toda naturaleza y árboles derri-

bados para hacer leña (y que no salgan conque sólo se cortan los árboles muertos pues no es posible que todos los árboles que antes estaban en el claro se hubieran secado juntos).

★

**E**S una brutalidad lo que hacen los paseantes y los taladores con ese bosque, pero eso no quita que las autoridades deberían poner mayor atención en el cuidado de la zona; después de todo no se requieren cantidades exorbitantes de dinero para ello. El Departamento del Distrito Federal puede desviar para la vigilancia y limpieza del bosque, parte de lo que gasta en cosas menos importantes, como, por ejemplo, pintar de amarillo el filo de ciertas banquetas, de blanco la base de los postes eléctricos o, como ocurre cerca de mi casa, abrir y tapar varias veces la misma zanja.

En relación al medio ambiente ocurre, como en otras cosas, que ciertos intereses individuales —grandes y pequeños— se benefician con la destrucción de la naturaleza. En este caso, los del que corta la leña, los del vigilante cuyos ingresos aumentan en la medida en que no impli-

de leñar, el de quienes usan el suelo del bosque para fincar sus casas, para pastorear un ganado, en fin, incluso el del paseante que deja tirada la botella o el plástico en vez de llevarlos consigo hasta que encuentre un depósito de basura.

En realidad el interés de todos nosotros está en juego cuando se afecta el medio ambiente, pero el de muy pocos se ve tan afectado como para llevarnos a invertir un esfuerzo significativo a defenderlo. Es para eso, supongo, que está el gobierno: para defender el llamado "interés común". Desgraciadamente, en un sistema como el nuestro se estimula con notable frecuencia —premia— al funcionario que autoriza que se tala todo un bosque y no al que se opone, al que firma el permiso para un nuevo fraccionamiento y no al que lo niega, al que acepta autobuses urbanos que contaminan innecesariamente y no al que exige sistemas de control de los gases, o, como en el caso al que me

refiero, al que descuida una zona que pocos ven aunque su preservación sea benéfica para todos.

En el fondo, la brutal destrucción de la naturaleza que hemos llevado a cabo en México es, en buena medida, resultado del problema fundamental de nuestra sociedad y de nuestro tiempo: la ausencia de un sistema de gobierno responsable, que castigue a quien atente contra lo que en cada época se defina como el supremo interés colectivo. Otra manera de

decirlo: el sistema político y administrativo mexicano no está diseñado para hacer compatible el interés individual del funcionario con el cumplimiento de la norma.

Cambiar este sistema es, en verdad, un problema de vida o muerte. La ecología es uno de los ejemplos más claros, pero no es el único. Y para que se dé este cambio se requiere que los gobernados tengan, en verdad, lo que casi nunca han tenido: la capacidad de controlar a sus gobernantes.